Belphégor

Littérature populaire et culture médiatique

18-2 | 2020

**Roman Populaire Espagnol - Roman historique,
1900-1950**

Tras la huella de Walter Scott: presencia de *Ivanhoe* en *El último templario*, de Ernesto Méndez Luengo

Héctor H. Gassó y Antonio Huertas Morales

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/belphegor/3162>

DOI: 10.4000/belphegor.3162

ISSN: 1499-7185

Editor

LPCM

Referencia electrónica

Héctor H. Gassó et Antonio Huertas Morales, « Tras la huella de Walter Scott: presencia de *Ivanhoe* en *El último templario*, de Ernesto Méndez Luengo », *Belphégor* [En ligne], 18-2 | 2020, mis en ligne le 14 décembre 2020, consulté le 28 avril 2021. URL : <http://journals.openedition.org/belphegor/3162> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/belphegor.3162>

Este documento fue generado automáticamente el 28 abril 2021.

Belphégor est mis à disposition selon les termes de la Licence Creative Commons Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 4.0 International.

Tras la huella de Walter Scott: presencia de *Ivanhoe* en *El último templario*, de Ernesto Méndez Luengo

Héctor H. Gassó y Antonio Huertas Morales

Sir Walter Scott y su *Ivanhoe*

- ¹ De entre la amplia obra de Walter Scott, considerado como el creador de la novela histórica moderna o el gran creador que se apoderó de ella (Montesinos, 1972: 22), *Ivanhoe* ocupa un lugar especial por ser uno de los mayores éxitos editoriales y seguramente la novela más leída en Occidente hasta inicios del siglo XX. Como sintetiza Pastoureau (2006), su primera edición constaba de 10000 ejemplares, pero a los pocos días se agotó y hubo que hacer otra con el doble, a las que les siguieron cuatro en 1820 y tres en 1821. A la muerte de Walter Scott, en 1832, se habían vendido, entre ediciones y traducciones, seis millones de ejemplares, y su éxito le supuso al escritor escocés los doctorados honoris causa de Oxford y Cambridge y el título de Baronet. Su prestigio y popularidad convirtieron la novela histórica en el género de moda en Europa durante varias décadas, además de influir en la creación dramática, musical y pictórica de la época, y, aunque no siempre de modo favorable, sobre todo por la labor de algunos de sus «tantos imitadores como sapitos los aguaceros de verano» (Churchman y Peers, 1992: 248), su magisterio fue reconocido por prensa, crítica y autores. Recordemos el conocido prólogo de Ramón López Soler (1975: 7) a *Los bandos de Castilla* o *El Caballero del Cisne*, con permiso de Humara y Trueba y Cossío, título «inaugural» de la narrativa histórica en España:

La novela de *Los bandos de Castilla* tiene dos objetos: dar a conocer el estilo de Walter Scott y manifestar que la historia de España ofrece pasajes tan bellos y propios para despertar la atención de los lectores como las de Escocia y de Inglaterra. A fin de conseguir uno y otro intento hemos traducido al novelista escocés en algunos

pasajes e imitándole en otros muchos, procurando dar a su narración y a su diálogo aquella vehemencia de que comúnmente carece, por acomodarse al carácter grave y flemático de los pueblos para quienes escribe. Por consiguiente, la obrita que se ofrece al público debe mirarse como un ensayo, no solo por andar fundada en hechos poco vulgares de la historia de España, sino porque aún no se ha fijado en nuestro idioma el modo de expresar ciertas ideas que gozan en el día de singular aplauso.¹

- 2 Los novelistas españoles, aun sin dejar de tomar elementos, técnicas, personajes o situaciones de Scott, supieron alejarse, tanto en la forma como en el espíritu, de sus propuestas, también debido a la influencia de otros autores como Chateaubriand, dando cuenta, por un lado, de las singularidades de la historia española, específicamente la medieval, mientras que, por otro lado, de cómo el pasado cobraba vigencia en la realidad coetánea.² Aunque, como bien señala Mata (1995: 151), la influencia de Scott va mucho más allá del detalle y supuso tanto la dignificación como el renacimiento de la novela, género menospreciado en la época, necesariamente buena parte de la labor crítica sobre la novela romántica debía centrarse en demostrar ese parentesco y, a la vez, la originalidad y la progresiva desvinculación respecto al modelo, especialmente con *Ivanhoe*, la primera que se tradujo al español, la que tuvo un mayor impacto y la ha pasado a ser considerada como «paradigma de novela histórica» (Almela, 2006: 101). Por ejemplo, Bergquist (1997: 164) señalaba que, en *El rapto de doña Almodís*, de Juan Cortada y Sala, Eustaquio de Requesens «En su personalidad y ambiciones, recuerda más de una vez a otro romántico maldito: Brian de Bois-Guilbert, de la novela de Scott, *Ivanhoe*». Para Picoche (1986: 42), el Saldaña de *El señor de Bembibre* está inspirado en el maestro de los Templarios de *The Talisman*, a la vez que el sitio de Torquilstone del *Ivanhoe* le sirvió a Enrique Gil para el de Cornatel, asaltos que, entre otros, contraponen Ares Ares (2015); Cremades (1986: 55 y 58) observa que los recursos narrativos de *El señor de Bembibre* son idénticos a los utilizados por Scott y sus continuadores y que tanto don Álvaro y Brian de Bois ingresan en el Temple por un fracaso amoroso. Huelga añadir más concomitancias a las notadas ya por Peers (1926), que venía a clasificar toda la producción española en imitadores directos, discípulos y admiradores y seguidores tardíos de Scott, o Zellers (1931) para concluir, en lo que a los artificios narrativos se refiere³, que «[...] aunque los recursos de técnica manejados por Walter Scott tengan un origen más remoto y fueran empleados en España con anterioridad, es muy probable que el hecho de hallarlos en novelas del período romántico español se deba a directa e inmediata influencia del gran novelista inglés» (Zellers, 1931: 160), mientras que coincidimos con Pastoureau (2006) cuando afirma que el pasado puesto en escena por el escocés correspondía a una Edad Media arquetípica ya instalada en el imaginario colectivo y venida tanto de la Edad Media como de los siglos XVII y XVIII, de la que Scott actuó como catalizador y difusor, y que pervive hoy en muchos aspectos a través, entre otros, del cine y la literatura.
- 3 Agotado el romanticismo, la influencia de Scott decaería en las décadas finales del siglo XIX, así como el prestigio de *Ivanhoe*, percibido como un cuento para niños sin demasiado interés (véase Tulloch, 2000: xii-xii). Algo semejante ocurriría en España, donde, a medida que avanzaba el siglo, la novela histórica era cada vez menos histórica y cada vez más de aventuras, multiplicando hasta el prodigio los enredos, desmanes y tropelías en un tiempo tipo, en el caso de los grandes folletines, de ahí que Ferreras (1976) diferencie entre novela histórica de origen romántico, novela histórica de aventuras y novela de aventuras históricas. A finales del siglo XIX, la narrativa buscó

otros cauces y, dentro tanto del género histórico como de la literatura folletinesca y popular, otras ambientaciones. El proceso se acentuará en el siglo XX, donde buena parte de la novela histórica aparece ya en colecciones para jóvenes, mutilada o adaptada, algo que le sucederá a *Ivanhoe*, sin olvidar, no obstante, que es un rasgo que comparte con los clásicos. Quizá sería excesivo afirmar, como lo hace Pastoureau (2006: 375) «En cuanto a hoy, ¿quién lee aún *Ivanhoe*? Nadie o casi nadie», pues la obra, aunque seguramente se lea hoy como un repertorio de aventuras, sigue reeditándose continuamente,⁴ y en ello no poco habrá tenido que ver el interés mostrado hacia la historia – y en particular la historia medieval y la Orden del Temple – por la narrativa occidental en las últimas décadas. También la crítica parece haber retomado su interés, al menos parcialmente:

La novela histórica romántica española no había merecido excesiva atención por parte de la crítica, al menos hasta hace relativamente pocos años. En general, las historias de la literatura apenas le dedicaban unas páginas en las que se solía despachar el tema con un par de tópicos generalizadores: todas sus producciones, salvo *El señor de Bembibre* y unos pocos títulos más, no eran sino pálidas y serviles imitaciones de Walter Scott, de escasa o nula calidad literaria. Es innegable que la gran novela española del XIX es la realista, cultivada en el último tercio del siglo. Sin embargo, no debemos olvidar que fueron los románticos quienes continuaron la espléndida tradición novelística aurisecular, interrumpida casi por completo durante el poco novelesco siglo XVIII (Mata, 1995: 145-146).

- 4 De hecho, la colección «Letras universales» de Cátedra publicó en el reciente 2013 la edición crítica de *Ivanhoe*, y han aparecido nuevos estudios (García González, 2005; García Díaz, 2006; Ares Ares 2015) que vuelven a la cuestión de la influencia de Scott en la narrativa histórica española decimonónica, si bien no deja de resultar extraño que, siendo la parodia, la intertextualidad y el pastiche los definidores de la literatura de nuestra época, brillen por su ausencia los trabajos que van más allá en el tiempo, hasta la narrativa de los siglos XX y XXI. Quizá este silencio sea debido a la hiperproducción de las últimas décadas y la regular calidad de muchos de los títulos, o quizá por el poco interés que suscita lo obvio: que «la novela histórica es Walter Scott» (Ferrerías, 1976: 30).

La visión *scottiana* del Temple

- 5 Según Evelyn Lord (2004: 188), la negativa visión que Scott tenía del Temple se debía tanto a su protestantismo como a que «Scott was writing at a time when was a renewed interest in the occult, and a plethora of secret societies. He wanted to show the danger of these through the medium of the Templar knights» (2004: 274). Probablemente Brian de Bois-Guilbert estuvo inspirado en la conducta poco edificante de Brian de Jay, mientras que la leyenda de Maryculter pudo servirle al escritor escocés como inspiración para el *The Talisman* (2004: 193). No es de extrañar, por tanto, la muerte con la que pagan sus malas acciones: Bois-Guilbert, «víctima de la violencia de sus propias pasiones» (2007: 568); Giles-Amaury, decapitado por Saladino; Alberto Malvoisin y su hermano, ajusticiados.⁵
- 6 Scott conocía la regla y las acusaciones vertidas contra la Orden, por eso Brian de Bois es un mal templario desde que se presenta al lector: apuesta su collar de oro en dos ocasiones, viste como un cortesano, rapta a Rebeca y actúa de modo orgulloso y soberbio, pues su meta es el maestrazgo de la Orden. No es más amable la opinión del resto de personajes sobre él, ya que Isaac de York lo considera «licencioso y salvaje»

(2007: 415), ni sobre la Orden, «amantes del brillo de la plata tanto o más que el de los ojos negros» (2007: 416), según Locksley. La única virtud que se les concede es la de las armas, y hasta en tres ocasiones Wilfrido derrota Brian de Bois-Guilbert.

- 7 No es, sin embargo, la única nota discordante de ese coro de malvados. Lucas de Beaumanoir es el representante de la vertiente estricta de un Temple que, según Scott, ya se encuentra en plena decadencia a finales del mismo siglo que vio su fundación. El propio maestre, que pretende que la milicia recobre la virtud, hace una síntesis significativa de ese declive: lujo en el hábito y la vivienda, la práctica de la caza, lectura ociosa, estudio de la cábala y nigromancia, gula en la mesa, apetito por el vino y las mujeres. Ante tantos pecados, su visión es la de un fanático incapaz de ver lo que sucede en Templestowe, por lo que procesa a Rebeca en la ciega defensa de los suyos.
- 8 Por su parte, Alberto de Malvoisin, preceptor de Templestowe, «De entre los disolutos hombres sin principios con que la Orden del Temple contaba en abundancia entre sus adeptos [...] era uno de los más destacados. Pero se diferenciaba de Bois-Guilbert, el audaz, en que sabía echar sobre sus vicios y su ambición el velo de la hipocresía» (2007: 453). Lo mismo se puede afirmar de Conrado de Mont Fichet, para quien es mejor que perezca todo el pueblo judío que ellos pierdan la espada de Bois-Guilbert y la fama.
- 9 Ahondó Scott en la visión negativa de la Orden en *The talisman* (1825) a través de Giles de Armaury. El diálogo mantenido entre Thomas de Multon y Ricardo Corazón de León ya nos sitúa ante los consabidos polos: frente a la virtud de las armas, su carácter soberbio, torticero y pecaminoso:

—Está también el Gran Maestre de los Templarios —continuó el barón [...]—. Es hábil, intrépido, valiente en el combate y prudente en el consejo. Además carece de reinos propios que puedan distraerle en sus esfuerzos por reconquistar Tierra Santa. ¿Qué opina Vuestra Majestad del Gran Maestre como comandante en jefe del ejército cristiano?

—¡Ah! ¿Beau-Séant? —replicó el monarca—. ¡Oh! Nada puede decirse del hermano Giles Armaury; sabe ordenar un combate y pelear delante de todos desde el primer momento. Pero, sir Thomas, ¿estaría bien desposeer de Tierra Santa a Saladino, adornado con todas las virtudes que pueda tener un infiel, para entregarla a Giles Armaury, que es más pagano que el mismo Saladino, que es un idólatra, un nigromántico, un seguidor del diablo, que comete los más negros y antinaturales crímenes en subterráneos y ocultos lugares de abominación y tinieblas? (1971: 97)
- 10 Como se ha comentado más arriba, Scott se hace eco del nuevo templarismo, vinculando a los templarios con la masonería e incluyendo a las clásicas acusaciones la de nigromancia, si bien históricamente solo «Donde el poder de la Inquisición era más fuerte, es decir, en el sur de Francia, encontramos testimonios de culpas notablemente vinculadas a la brujería (aquellarres y orgías colectivas), sin duda más graves que las acusaciones expresas de Felipe el Hermoso en su denuncia, que no contenía referencia alguna al satanismo y se limitaba a mencionar un ignoto ídolo barbudo; se disparó a ciegas sobre los imputados recurriendo a lo más abominable del imaginario colectivo» (Fraile, 2008: 259).
- 11 Aunque aparezca como sospechoso de entenderse con Saladino, Amaury es otro fanático soberbio en el trato con los musulmanes (históricamente los templarios tenían que refrenar el impulso de los nuevos cruzados, que no siempre comprendían el statu quo de Tierra Santa. De hecho, el Hakim-Saladino miente, cuando dice que sus «votos les obligan a no reconocer tregua ni paz con los creyentes del Islam» [1971: 331-332]).

Con Conrado de Montserrat, es contrario al restablecimiento del Reino de Jerusalén y prefiere continuar siendo dueño de una parte de sus restos.

- 12 De nuevo, es la arrogancia el gran pecado templario: todo vale para engrandecer la Orden, incluso a expensas de la propia religión, lo que contrasta con su humilde origen. Armaury no quiere que Ricardo triunfe ni por tratado con Saladino ni por victoria: como las sutilidades de Conrado no funcionan, planea la muerte de Corazón de León, algo que hasta al marqués le parece excesivo, y para ocultar su culpa acaba matando a su compañero de intrigas, siendo su mejor amigo y padrino. Descubierto, su cabeza vuela por los aires a manos de un infiel, pero mucho más noble.
- 13 La visión negativa que se desprende acerca de la Orden del Temple en las novelas de Scott también tendrá su huella. Por ejemplo, en la parodia *Rebecca and Rowena*, de Willian M. Thackeray, publicada más de treinta años después, en la traducción de Wamba del falso epitafio que Rowena encarga para *Ivanhoe*, Brian de Bois-Guilbert sigue siendo «the Templar untrue» (1850: 49), y cuando Ivanhoe busca a quién sumar su espada, es respetado, pero no bienvenido, entre «the dark Templars» (1850: 75).
- 14 En España, donde la historia de los templarios había corrido ligada a la de la lucha contra los musulmanes y donde su suerte fue mucho más amable que en los territorios influenciados por Felipe IV, la actitud, tanto de los historiadores como la de los novelistas españoles, será favorable hacia la Orden, pero desde una cómoda dualidad o prudencia en la que se reconoce su papel en la Península, pero también el proceso incoado contra ellos y algunos de sus errores, especialmente la soberbia. Del Temple interesa sobre todo su final, la agobiante caída de una Orden poderosa portadora de unos valores perdidos, esas ruinas que, al menos en Gil y Carrasco remitían a la desamortización de Mendizábal, de ahí que Picoche (1986: 42) ya advierta que, aunque le tome elementos de Scott, «no su arte de novelar, que es genuinamente suya», mientras que el interés por la Orden tiene otra orientación y su historia se recrea «por su valor metafórico, por su rentabilidad a la hora de conectar el pasado de la historia narrada con el presente extraliterario –y en el caso concreto de *El señor de Bembibre*– por su relación con el ayer personal e íntimo del escritor, que reivindica en los templarios de El Bierzo la gloria de unos ideales pasados que perviven sublimados en la belleza natural de un entorno que Gil y Carrasco conoce muy bien» (Ribao Pereira, 2014: 152).

***El último templario* (1983), de Ernesto Méndez Luengo**

- 15 *El último templario* (finalista del Premio Asturias de Novela) es quizá la menos conocida de las obras de Ernesto Méndez Luengo. Retoma elementos de la historia del Temple cuando los *conmiltones Christi* aún no se habían convertido en la veta más comercial, popular e internacional de la recuperación contemporánea de la historia medieval, llevados a un público de masas a través de la narrativa, el cómic los videojuegos y el cine. Méndez Luengo presenta a los lectores una Orden inocente de toda culpa, frente a la visión negra de Scott y la prudencia de la historiografía y la narrativa española decimonónicas,⁶ y lo hace con un trasfondo histórico bien conocido y transitado por la narrativa histórica:⁷ los enfrentamientos entre Pedro I, aquí más Cruel que Justiciero, y su hermanastro Enrique, que habrían de acabar con la muerte del primero y la llegada de los Trastámara a la corona castellana. En las pugnas entre ambos se desliza la historia de Ofrén Roldán, último caballero superviviente del Temple, encastillado en su

fortaleza de Valdavido y, según se cuenta, «único depositario y custodio de los incalculables tesoros que habían acumulado los caballeros de la Milicia de Cristo durante sus ciento cuarenta años de permanencia en la Península, y que se hallaban guardados bajo siete llaves y candados en alguna de las cámaras subterráneas del castillo de Valdavido, erigido durante la dominación visigoda sobre las ruinas de un antiguo castro romano» (45), oro que excitará la imaginación del rey Cruel, ya «que una de las grandes debilidades del rey don Pedro I, la constituía su endémica y casi enfermiza obsesión (históricamente comprobada) por allegar y atesorar riquezas: oro, plata, piedras preciosas...» (113).

- 16 La novela de Méndez Luengo quiere constituirse como una respuesta a la negativa visión de los templarios de Scott, y para ello retoma el *Ivanhoe* y emula de modo notablemente fiel el estilo de la novela decimonónica, con esa Edad Media llena de oscuridades que la historiografía aún no ha conseguido cancelar, «aquellos tiempos de ignorancia, fanatismo religioso y superstición» (138), descripción de ecos scottianos: «aquellos tiempos de ignorancia y superstición» (2007: 474). También Larra hablará de «tiempos de credulidad y superstición», «siglo de ignorancia» (1978: 262, 137); o De la Escosura (1832: 20), «tiempos de ignorancia y desorden»; e incluso el propio Gil y Carrasco se referirá a «aquella época de credulidad y de ignorancia», características estas que mucho tendrán que ver en la caída del Temple, al ser aprovechadas por sus enemigos. Ese es el marco en el que también en la novela de Méndez Luengo van a desfilar temibles pero honrados bandoleros, un rey que vela su identidad tras un disfraz, una presunta hechicera con el don de la profecía, una doncella víctima de un secuestro que acabará siendo enjuiciada en un tribunal y que buscará amparo en un campeón para probar su inocencia. Una Edad Media, en fin, cifrada en aventuras que sigue representando una vertiente notable de la narrativa histórica.
- 17 Aunque las concomitancias son muchas en el intento de volver a los clásicos del género, y no solo con Walter Scott, sino también con *El señor de Bembibre*, novela con la que comparte geografías, dos son a nuestro entender los episodios, ya clásicos, que Méndez Luengo reescribe a partir del *Ivanhoe* de Scott, seguramente con el texto delante, o al menos con su vivo recuerdo en la memoria. El primero de ellos es el del encuentro del caballero Ocioso (o caballero negro, o Ricardo Corazón de León) y el clérigo de Copmanhurst (el hermano Tuck), que Méndez Luengo transforma en el encuentro entre Senén, el Jabalí de Priaranza, y el glotón y desafortunado ermitaño de san Genadio, el primero perdido y que, con la lección aprendida de los libros de caballerías, deja que su corcel, libre de riendas, guíe su camino; el segundo, para resguardarse de la tormenta. La detallada descripción de la ermita de Scott tiene su parangón con la de Méndez Luengo (12-13), así como las negativas de sus respectivos moradores a abrir la puerta cuando el rey inglés golpea la puerta con el extremo de la lanza y el bandolero con el canto del hacha. Se trata, en fin del mismo ermitaño, que en la obra de Scott no deja de invocar a San Dunstan, mientras que en la novela de Méndez Luengo lo hace a San Genadio, y que en la segunda parece haber aprendido latines, pues no deja de proferirlos, mientras que en la primera el hermano Tuck no engaña a nadie con sus carencias «después de una larga jaculatoria que originalmente debía ser en latín, pero de cuya primera procedencia lingüística pocos restos quedaban excepción hecha de alguna sonora terminación de frase» (2007: 202-203). Más adelante sabremos que «*confíteor*» es todo el latín que recuerda.

- 18 Aunque el episodio pierda el humor y acabe de un modo bastante más trágico para el ermitaño en la novela de Méndez Luengo, la picardía de este para intentar ocultarle los víveres a su forzoso invitado es la misma: en el *Ivanhoe*, la primera cena que le intenta dar consiste en «un gran plato en el que aparecían dos puñados de legumbres secas» (2007: 22), mientras que en Luengo, el ermitaño «se dirigió hacia el rincón donde estaba la alacena, sacó de ella una cuchara de madera y una escudilla de regular tamaño y fue a colocar ambas cosas sobre la mesa, invitando a su huésped a que cenase del contenido de la escudilla. Estaba ésta llena hasta los bordes de judías negras, y, por la traza que presentaban, no prometían estar muy apetitosas, a juzgar por lo reseca y acartonadas que aparentaban» (18). También son semejantes el pastel de cabrito empanado que le trae el guardabosques a Tuck y el jamón magro y las ristras de chorizos que le trae la aldeana al ermitaño de San Genadio, así como las irónicas invitaciones de ambos visitantes para que los pobres anacoretas se unan al festín. Dirá el rey Ricardo en el *Ivanhoe*:

—He estado en Palestina, señor clérigo —dijo el caballero parando de repente de comer—, y creo recordar que existe allí la costumbre de que el anfitrión comparta con su huésped la comida con que le obsequia, como prueba de que no es peligrosa para la salud. Lejos de mí suponerlos capaz de haber envenenado de forma poco hospitalaria estos alimentos, pero de todos modos os estaría muy agradecido si cumplimentarais este rito oriental (2007: 206).

- 19 Mientras que el Jabalí de Priaranza se dirige al ermitaño en estos términos:

—Padre —dijo de pronto aquél, haciendo una pausa cuando ya le iba a hincar el diente al trozo de pernil—, Dios y los hombres me han hecho por naturaleza y oficio en extremo receloso y desconfiado, y así, yo os agradecería que comierais de estas viandas al mismo tiempo que yo; pues de otra forma no me atrevería a hacerlo solo —e hizo ademán de como querer dejar el trozo de jamón sobre la mesa, aunque bien se echaba de ver que no hablaba muy en serio (19).

- 20 Las concomitancias son obvias también cuando los invitados requieren algo que no sea agua para trasegar sus bocados. Vuelve a hablar el rey inglés en el *Ivanhoe*:

—Santo clérigo —dijo el caballero cuando su hambre estuvo satisfecha—, apstaría mi buen caballo contra un zequí a que el noble guardabosques al que tenemos que agradecer el venado ha dejado también alguna bota de vino o malvasía, o cualquier otra pequeñez, de esas que sirven de aliado de tan noble pastel. Sin duda alguna, esta circunstancia no es nada propicia para quedar grabada en la memoria de un varón tan estricto y cumplidor como sois vos; a pesar de todo, creo que si buscarais con atención en aquel escondite del rincón, podríais comprobar que mis conjeturas son equivocadas (2007: 206).

- 21 Mientras que, en *El último templario*, comenta el bandolero Senén:

—Padre mío —se atrevió a decir éste, al cabo de una libra corrida de jamón y media ristra de chorizo—, pienso yo, si su merced me da licencia para decirlo, que si esa buena aldeana, que ofendió vuestra natural frugalidad y sobriedad de costumbres atreviéndose a traeros sin más estas suculentas viandas, no se acordaría también, por ventura, de donaros algún pellejo de buen vino de la tierra, para las misas que habréis de ofrecerle al santo a cuenta de sanarla de su esterilidad (20).

- 22 El otro capítulo imprescindible para comprender el alcance de la presencia de los templarios en la novela y su relación con la producción scottiana es el del juicio a la joven doña Isabel, tan inocente como la Rebeca del *Ivanhoe*. Ambas son secuestradas: por don Pedro I, que la roba haciéndose pasar por Fortún Lope de Calahorra y aprovechando su estancia en el castillo de Valdavido, la primera, y por Brian de Bois, la segunda. Ambas rechazan los ofrecimientos de sus captores, Rebeca en una «en un

apartado y distante torreón» (2007: 281), Isabel en «una torre-vigía de planta circular, cuya construcción databa de las primeras décadas de la Reconquista [...]» (127). Ambas también, claro está en dos heroínas, se muestran dispuestas a sacrificar su vida antes que su virtud: Isabel robándole a don Pedro un puñal (135), y Rebeca amenazando al desmesurado templario con lanzarse por la ventana.

- 23 Isabel será procesada por el Tribunal del Miserere, reunido «para juzgar a un “bruja” que tenía hecho pacto con el demonio» (137). Se la juzga en el la Torre Grande, o del Homenaje, del castillo de Mayorga, tal como Rebeca lo fue por los templarios al achacar la pasión de Bois-Guilbert «a una alienación temporal de su mente, pues no había otra explicación que justificara su enamoramiento por la damisela» (2007: 468). En la farsa que supone el proceso, en ambos episodios no faltan los testigos falsos, ni el desenlace que mantiene en vilo al lector: la espera a que algún campeón defienda la causa de la dama, que se ha acogido al derecho de demostrar su inocencia mediante un juicio de dios. Este, que tenía lugar entre un mermado Wilfrido y Brian de Bois-Guilbert en la obra del escocés, será entre la Muerte Negra y Men García de Benavente en la novela del leonés. Más concomitancias podrían alegarse en tanto que también Isabel es la esperanza de un linaje, como lo era Brian de Bois-Guilbert en el *Ivanhoe*, pero también otros de los más notables personajes de la narrativa histórica romántica española: Ricardo Puigvert en *El templario y la Villana*, de Juan Cortada, o Álvaro y Beatriz en *El señor de Bemibre*, tema este, el de la desaparición de una estirpe, imprescindible para Cremades (1986: 43) en la obra de Carrasco.
- 24 Sin embargo, el propósito difiere, y mientras que en la novela de Scott sirve para ilustrar esas malvada mirada de los templarios expuesta más arriba, en la novela de Méndez Luengo el objetivo es justamente contrario: demostrar la inocencia de la Orden. La falsedad de las acusaciones hacia Isabel, como lo eran las de Rebeca, pero también las del Temple en el proceso histórico, quedan destacadas por la tortura que sugiere el melifluido canónico continuamente (cap. XI).
- 25 Pero detengámonos en los cargos vertidas contra Isabel, que consistían éstos en una larga y absurda retahíla de groseras calumnias y sandeces que, en aquella época de credulidad ciega, exacerbado fanatismo religioso e ignorancia, prendían fácilmente en el ánimo del vulgo mendaz, necio y supersticioso; tan sediento siempre de novedades truculentas, como sobrado de imaginaciones extrañas y falto de juicio y compostura. En resumen, se iba a juzgar a aquella joven y hermosa mujer por los delitos –entre otros de parecido jaez– de brujería, hechicería, pacto con Satanás y blasfemia contra Cristo, la Santísima Virgen y san José. Cualquiera de estos cargos bastaba para mandar a la hoguera al reo en aquel siglo, y aún mucho tiempo después (142).
- 26 Algo más las extenderá el segundo falso testimonio, que Dijo llamarse Ruy González de Dovenza, y declaró que en los días que había permanecido en la fortaleza tuvo ocasión de trabar amistad con un soldado de la guarnición; hombre muy devoto y temeroso de Dios y de su santa y justa ira, según él, el cual le había informado, con pelos y señales, de los extraños ritos y las sacrílegas ceremonias que se celebraban en una sala de los subterráneos del castillo. Según le había detallado al declarante, todos los sábados que coincidían con noches de plenilunio, se reunían hacia la medianoche, en una sala abovedada del segundo y más profundo subterráneo, cuyas paredes aparecían señaladas con profusión de signos cabalísticos irreverentes e invocaciones a Lucifer, hasta una veintena o más de hombres y mujeres, vistiendo todos ellos largas túnicas negras y cubiertas las cabezas con capuchones que les tapaban casi toda la cara. Iban

presididos por el señor feudal y por su sobrina doña Isabel, y después de adorar largamente a un ídolo de tres cabezas con cuernos, a quien llamaban Baphonet, o algo parecido, que tenían colocado sobre un altar recubierto con negros crespones bordados en oro con las armas del dueño de la fortaleza, y de escupir tres veces sobre un crucifijo, se entregaban a una interminable y escandalosa serie de ritos obscenos, como besarse los unos a los otros en las partes “más sucias y pudendas de sus cuerpos”, que terminaban siempre en una desenfrenada orgía que duraba hasta el amanecer, y en la que los reunidos practicaban la sodomía y otros actos contra natura” (143-144).

- 27 También mentará la Tía Casca, que «reconocía a la acusada como la mujer que había ido a visitarla a su cueva en cierta ocasión para pedirle que le vendiese un filtro capaz de enloquecer de lujuria y sodomía a cuantos se le suministrara mezclado con el vino de las comidas. Filtro que ella se había negado a proporcionarle, indignada y escandalizada de que se la tomase por una hechicera alquimista capaz de preparar semejantes y pecaminosos brebajes. Dijo, asimismo, que tenía la evidencia de que en el castillo-fortaleza de Valdavido se celebraban con cierta frecuencia y regularidad verdaderas orgías carnales entre hombres y mujeres, y aún entre personas de un mismo sexo» (144).
- 28 En resumen, los cargos que se le imputan a Isabel son los que la historia y la tradición han atribuido a la Orden del Temple: blasfemia contra Cristo, escupir sobre la cruz, práctica de besos nefandos, incitación a la homosexualidad, idolatría mediante la adoración del baphomet... e incluso, lo que más llama la atención, los rituales de carácter sexual y mágico, cargos que solo tuvieron cierto peso en el sur de Francia, donde la inicial acusación de homosexualidad se desplazó hacia la de las orgías rituales con seres mágicos (Frале, 2012).
- 29 Y es aquí donde se evidencia la verdadera intención de la reescritura: Méndez Luego, conocedor de la mala imagen de los templarios scottianos, retoma en la persona de Isabel el ilustre juicio contra Rebeca en *Ivanhoe*, y atribuye a la sobrina de don Ofrén los numerosos cargos achacados a la Orden, evidenciando así la falsedad, el lector lo sabe, tanto del proceso contra Isabel como del que se realizó contra la Orden, verdadera protagonista de la novela si queremos entender el título en una narración de los tiempos de Pedro I de Castilla. Las páginas de *El último templario* son, de hecho, una reivindicación del Temple, orden de la que ofrece una visión más heroica, solo basta releer el final, que propiamente historicista: los datos sobre la Orden son escasos y bastante cuestionables. Méndez Luengo menciona la bula *Vox in excelso* y *Ad providam*, datándolas correctamente del 22 de marzo y del 2 de mayo del mismo año, respectivamente, para afirmar que «Con estas dos bulas, Celestino V puso en marcha la máquina terrible de la Inquisición contra los Templarios en toda Europa, cediendo a las intrigas del monarca galo Felipe el Hermoso», lo cierto es que el rey de Francia fue quien acudió a la Inquisición, seguramente mediante engaños (Frале, 2012), para ganarle la mano a Clemente V. Tampoco es preciso a la hora de establecer el suplicio de los últimos dignatarios de la Orden, al afirmar «De esta forma, quedaba sancionado a nivel del Vaticano, el bárbaro y atroz suplicio de los principales jefes y caballeros de aquella: Jacques de Molay, Gran Maestre; Ugo de Piraud, Gran Visitador, Godefroi de Gonneville, Geoffroy de Charney..., perpetrado en París, el 18 de marzo de 1313» (44-45), dado que fue el 18 de marzo, pero de 1314, cuando fueron condenados a prisión perpetua. Molay y Charney se retractaron de sus confesiones y fueron ejecutados el mismo día, mientras que Piraud y Gonneville acabaron sus días en prisión. También

resulta excesivo afirmar que tras los Concilios de Tarragona y Salamanca las posesiones y propiedades templarias pasaron a poder de la corona o de las órdenes militares enemigas del Temple, tanto por considerar la Orden de San Juan, a pesar de las rencillas y disputas, como enemiga, como por pasar por alto la creación de la Orden de Montesa.

- 30 La novela de Méndez Luengo, por tanto, presenta ya la visión actual de los historiadores sobre el Temple, que sobre todo a partir del último cuarto del siglo XX y hasta nuestros días se han interesado vivamente por revisar y analizar el proceso a la luz de la documentación disponible, siempre frente a una leyenda devoradora.
- 31 Méndez Luengo no nos concede dudas sobre la inocencia de la Orden, «aquella gloriosa milicia, tan inicua e injustamente perseguida, infamada y vilipendiada después» (112), ni del sufrimiento del último de sus caballeros «desde que el odio envenenado, la codicia, la envidia y la calumnia vil e insidiosa se concitaron en algunas testas coronadas de la Cristiandad para labrar la ruina de la orden y de sus caballeros-monjes» (113), síntesis muy semejante, por cierto, a la de Gil y Carrasco: «En medio de la tremenda tormenta que la envidia, por un lado, la codicia, por otro, y la superstición e ignorancia por casi todos, habían levantado contra el Temple» (1986: 3342). Para rehabilitar a la Orden, a quien Scott pintó como la vertiente más oscura de la Edad Media, Méndez Luengo se apropia de uno de los pasajes inolvidables de su obra más famosa. Esta intención es la que explica la deuda de los pasajes de *Ivanhoe*, mientras que la sorprendente idea de unir la suerte de Pedro I de Castilla a una Orden disuelta cincuenta años antes quizá tenga sea un intento de parangonar los conflictos y la traición entre Ricardo Corazón de León y su hermano Juan Sin Tierra, templarios de por medio en el *Ivanhoe*, con uno de los mejor conocidos fratricidios medievales, si bien sirven otras analogías posibles, en tanto que el Pedro I de Luengo es un rey tan avariento como Felipe IV el Hermoso y lascivo como Brian de Bois-Guilbert, mientras que si Rebeca era judía, perseguida, Isabel, representa también la persecución sufrida por los templarios.

BIBLIOGRAFÍA

María Álda Ares Ares, «La influencia de las novelas de Walter Scott en *El Señor de Bembibre*», en Valentín Carrera (ed.), *Ensayos sobre Enrique Gil*, Paradiso_Gutenberg, 2015, pp. 77-124.

Margarita Almela, «La novela histórica española en el siglo XIX», en José Jurado Morales (ed.), *Reflexiones sobre la novela histórica*, Cádiz, Fundación Fernando Quiñones-Universidad de Cádiz, pp. 97-141.

Inés L. Bergquist, «Imágenes de los templarios del siglo de Oro al Romanticismo», *Medievalismo*, 7, 1997, pp. 151-184.

Phillip H. Churchman y Edgar A. Peers, «A Survey of the Influence of Sir Walter Scott in Spain», *Revue Hispanique*, LV, 1922, pp. 227-310.

Patricio de la Escosura, *El conde de Candespina*, Madrid, Imprenta Calle del Amor de Dios, 1832.

- Juan Ignacio Ferreras, *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*, Madrid, Taurus, 1976.
- Barbara Frale, *Los templarios*, Madrid, Alianza, 2008.
- Barbara Frale, *Crimine di stato. La diffamazione dei templari*, Florencia-Milán, Giunti, 2014.
- Enrique García Díaz, «La influencia de las novelas de Walter Scott en la novela histórica española *El señor de Bembibre*», *Espéculo*, 33, 2006.
- José Enrique García González, «Consideraciones sobre la influencia de Walter Scott en la novela histórica española del siglo XIX», *Cauce*, 28, 2005, pp. 109-119
- Enrique Gil y Carrasco, *El señor de Bembibre*, Jean-Louis Picoche (ed.), Madrid, Castalia, 1986.
- Mariano José de Larra, *El doncel de don Enrique el Doliente*, José Luis Varela (ed.), Madrid, Cátedra, 1978.
- Ramón López Soler, *Los bandos de Castilla o El Caballero del Cisne*, Madrid, Tebas, 1975.
- Evelyn Lord, *The Knights Templar in Britain*, Londres, Pearson, 2004.
- Carlos Mata Induráin, «Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española», en Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata (eds.), *La novela histórica. Teoría y comentarios*, Pamplona, Eunsa, 1995, pp. 145-198.
- Ernesto Méndez Luengo, *El último templario*, León, Edilesa, 1983.
- José F. Montesinos, *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, Valencia, Castalia, 1972.
- Michel Pastoureau, *Una historia simbólica de la Edad Media occidental*, Buenos Aires, Katz, 2006.
- Edgar A. Peers, «Studies in the Influence of Sir Walter Scott in Spain», *Revue Hispanique*, LXVIII, 1926, pp. 1-160.
- Montserrat Ribao Pereira, «La visión literaria de los Caballeros Templarios en *El Señor de Bembibre*, de E. Gil y Carrasco», *Revista de Literatura*, LXXVI.151, 2014, pp. 151-170.
- Enrique Rubio Cremades (ed.), *El señor de Bembibre*, Madrid, Cátedra, 1986.
- Walter Scott, *Ivanhoe*, Barcelona, Edhasa, 2007.
- Walter Scott, *El talismán*, Barcelona, Bruguera, 1971.
- M. A. Titmarsh (William M. Thackeray), *Rebecca and Rowena. A Romance upon Romance*, London, Chapman and Hall, 1850.
- Graham Tulloch (ed.), *Ivanhoe*, London, Penguin Classic, 2000.
- Guillermo Zellers, «Influencia de Walter Scott en España», *Revista de Filología Española*, XVIII, 1931, pp. 149-162.

NOTAS

1. Sobre el verdadero alcance de la influencia de Scott y la labor de López Soler, véanse también Enrique Rubio Cremades, «Los bandos de Castilla de López Soler: historia y ficción», en José Manuel González Herranz et al. (eds.), *La historia en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, Ediciones de la Universidad de Barcelona, 2016, pp. 71-80.
2. Además de las obras compiladas en la bibliografía final, sobre la influencia de sir Walter Scott en la narrativa Española del siglo XIX pueden consultarse los trabajos de; W. Forbes Gray, «Scott's

Influence in Spain», *The Sir Walter Scott Quarterly* (Glasgow-Edimburgo), 1927, pp.152-160; Manuel Núñez de Arenas, «Simples notas acerca de Walter Scott en España», *Revue Hispanique*, LXV, 1925, pp. 153-159; Sterling A. Stoudemire, «A Note on Scott in Spain», *Romantic Studies presented to William Morton Day*, Chapell Hill, 1950, pp. 165-168; Luis Urrutia, «Walter Scott et le roman historique in Espagne», en AA. VV., *Recherches sur le roman historique en Europe, XVIIIe. et XIXe. siècles*, París, Les Belles Lettres, 1977, pp. 319-344.

3. Además del de Zellers (1932), véase, para las técnicas narrativas, el trabajo de Mata (1995).

4. Montesinos (1972: 244) ya advertía que, además de las traducciones descritas en su catálogo (239-244), «No hay que decir que Scott siguió siendo impreso y reimpresso en español, dentro y fuera de España, durante todo el siglo XIX. Mis incompletísimas notas registran 47 traducciones publicadas entre 1854 y 1911, y sé de varias más».

5. Véase, para la imagen del Temple en la historia y la novela del XIX el trabajo de Bergquist (1997).

6. Aunque casi olvidado actualmente para la crítica, Méndez Luengo tuvo una notable repercusión con *Tempestad al amanecer* (1977), galardonada con el V Premio Larra, y *Llanto por un lobo muerto* (1988), Premio Iberoamericano de Novela. *Motín en la flota* (1984), *El temerario* (1987) y *Los guerreros de bronce* (1995) son los títulos que completan su producción literaria, donde la historia ocupa un lugar preeminente.

7. A los enfrentamientos entre Pedro I el Cruel y Enrique II el de las Mercedes dedicó precisamente López Soler, bajo el pseudónimo de Gregorio Pérez de Miranda, *El primogénito de Albuquerque*, Madrid, si bien el tema dio para abundantes títulos en el siglo XIX, como muestra el catálogo de Ferreras (1976). En el siglo XX y XIX, después de Méndez Luengo, los novelarían Tomás Salvador, *Las compañías blancas: los malandrines*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984; Graziella Sáenz de Heredia, *El corazón del rey maldito*, Madrid, Imágica, 2009; Carlos Asenjo Sedano, *Crónica apócrifa de Pedro I el Cruel*, Madrid, Chiado, 2016. En Italia, será el trasfondo de una de las aventuras entre el medievo y la ciencia ficción de Valerio Evangelisti, *Il castello di Eymerich*, Milano, Mondadori, 2001.

RESÚMENES

El presente artículo tiene como objeto analizar la influencia de Walter Scott y, más concretamente, de su *Ivanhoe*, en la novela *El último templario*, de Ernesto Méndez Luengo, dando cuenta de que el magisterio del escritor escocés no solamente resulta clave en la configuración de la novela histórica y en la divulgación de un imaginario en torno a la Edad Media en muchos casos aún vigente, sino que pervive también a través de intertextualidades y reescrituras propias de la narrativa contemporánea, en este caso para defender la inocencia de la Orden del Temple.

ÍNDICE

Palabras claves: novela histórica, *Ivanhoe*, Walter Scott, Orden del Temple, *El último templario*

AUTORES

HÉCTOR H. GASSÓ

Universitat de València

Hector.Hernandez@uv.es

ANTONIO HUERTAS MORALES

Universidad Rey Juan Carlos

antonio.huertas@urjc.es